

Alberto Marvelli

Nace en Ferrara, Italia, el 21 de marzo de 1918. Es el segundo de seis hermanos. Crece en una familia cristiana en la que a la vida de piedad se unen actividades caritativas, catequísticas y sociales. Era hijo de un empleado de banco, su madre pertenecía a las damas de la caridad y a las mujeres de la Acción Católica y del oratorio salesiano, frecuentado también por el hijo.

A la obra formadora de la familia se añadió por tanto la del oratorio, donde Alberto aprendió a cultivar la oración y a amar la Eucaristía. A los 21 años escribió en su diario, comenzado después de la muerte repentina del padre: "El tiempo pasa, antes bien, vuela; no quedemos atrás con la vida espiritual... Nuestro caminar en la vida material debe ser un subir continuado y decidido (hacia la vida espiritual)... Debo progresar, sin interrupción, grada tras grada, día a día, minuto por minuto, aspirando siempre a la que es la cumbre máxima, Dios. Lo debo, lo quiero". Participa en el Oratorio salesiano y en la Acción Católica, donde madura su fe con una opción decisiva: "mi programa de vida se resume en una palabra: santidad". Alberto reza con recogimiento, enseña la catequesis con convicción, demuestra celo apostólico, caridad y serenidad. Posee un carácter fuerte, decidido, voluntarioso y generoso y un fuerte sentido de la justicia, por ello influye moralmente entre sus compañeros. Es deportista y dinámico; ama el tenis, el fútbol, la natación, las excursiones en la montaña, pero su gran pasión será la bicicleta, en la que descubre un medio privilegiado para su apostolado y su acción caritativa.



Madura su formación cultural y espiritual en la Federación Universitaria Católica Italiana, eligiendo como modelo de vida juvenil a Pier Giorgio Frassati.

Una vez finalizados sus estudios universitarios en ingeniería mecánica en 1941, Alberto debe enrolarse como militar, puesto que Italia está en guerra, una guerra que él condena con lucidez y firmeza: "desciendo pronto la paz con justicia para todos los pueblos, la guerra desaparezca para siempre de la faz de la tierra". Dado de baja en el ejército por tener tres hermanos en el frente, trabaja durante un breve período en la FIAT de Turín.

Tras los trágicos acontecimientos del 25 de julio que lleva a la caída del fascismo y la ocupación alemana del territorio italiano el 8 de septiembre de 1943, Alberto vuelve a su casa de Rimini. Sabe cuál es su misión: transformarse en obrero de la caridad.

Después de cada bombardeo, Alberto es la primera persona en ayudar

a los heridos, a dar valor a los sobrevivientes y a asistir a los moribundos, a sacar de las ruinas a los sepultados vivos. A su alrededor hay no sólo ruinas sino también mucha hambre. Alberto distribuye a los pobres colchones, frazadas, ollas y todo lo que logra recoger. Va donde los campesinos y comerciantes, compra alimentos y después, en su bicicleta cargada de provisiones, sale en busca de los que tienen hambre. Muchas veces regresa a su casa sin zapatos e incluso sin bicicleta: los había dado a quien tenía más necesidad que él.

Durante el período de la ocupación alemana Alberto logra salvar a muchos jóvenes de la deportación. Con una acción heroica consigue abrir los vagones del tren que partía desde la estación de San Arcángel y libera a hombres y mujeres que iban destinados a los campos de concentración.

Después de la liberación de la ciudad el 23 de septiembre de 1945, al constituirse la primera junta del comité de liberación, entre los ase-

sores figura Alberto Marvelli, a pesar de no estar inscrito en ningún partido político ni pertenecer a los "partigiani". Todos han reconocido y valorado el gran trabajo realizado por él a favor de los sin techo.

Tiene 26 años, es joven, pero afronta los problemas con aptitud y competencia. Posee coraje en las situaciones más difíciles y una disponibilidad sin límites. Le confían el cargo más arduo: ocuparse de poner orden en la concesión de viviendas en la ciudad. Después le encargan el área de la reconstrucción.

Alberto escribe en un pequeño bloc: "Servir es mejor que hacerse servir. Jesús sirve". Es con este espíritu de servicio que Alberto asume siempre sus obligaciones cívicas.

Cuando en Rimini vuelven a surgir los partidos políticos, se inscribe en la Democracia Cristiana. Vive su compromiso político como un servicio a la sociedad organizada: la actividad política podía y debía transformarse en la expresión más alta de la fe vivida.

En 1945 el obispo lo llama a dirigir a los profesionales católicos. Su

compromiso se sintetizó en dos palabras: cultura y caridad.

Convencido de que "no es necesario llevar la cultura sólo a los intelectuales sino a todo el pueblo", funda una Universidad popular. Abre un comedor para pobres. Los invita a misa y reza con ellos; después, en la mesa sirve la comida y escucha sus necesidades. Su actividad a favor de todos no conoce descanso. Como cofundador de la Asociación Católica de Trabajadores Italianos, forma una cooperativa para los que se dedican a la construcción;

es la primera cooperativa "blanca" en la "roja" región italiana de la Romaña.

La intimidad con Jesús eucarístico lo lleva a no encerrarse en sí mismo, a no desatender su compromiso con la historia. Por el contrario, cuando se da cuenta de que el mundo que lo circunda está bajo el signo de la injusticia y del pecado, la Eucaristía le da fuerzas para realizar su trabajo de redención y liberación, capaz de humanizar la faz de la tierra.

Durante el período de la ocupación alemana Alberto logra salvar a muchos jóvenes de la deportación.

La vida de Alberto es una vida joven vivida con pasión social y testimonio cristiano. Como Familia Salesiana, consideramos a Alberto Marvelli una figura ejemplar de Exalumno, sea por su prolongada vinculación con los salesianos (que se mantuvo hasta el fin de su vida), sea por el éxito extraordinario que su formación oratoriana que repercutió en el ámbito educativo, social y político. De hecho el Oratorio salesiano de Rimini fue, luego de la familia, el segundo ambiente formativo de Alberto, el ámbito en el que encontró el modo de expresar mejor sus dotes naturales y de gracia. Allí dio con decisión los primeros pasos en la vida de la santidad, asimilando tan

bien el espíritu de Don Bosco como para transformarse en guía espiritual de los demás.

En 1945 el obispo lo llama a dirigir a los profesionales católicos.

El domingo 5 de septiembre de 2004, en

Loreto, Italia, el Papa Juan Pablo II proclamó beato a Alberto Marvelli. Su beatificación es un llamado para dar con el camino de la santidad en la familia, en la profesión, en la política; pero es también un reconocimiento de la educación salesiana, capaz de forjar santos.



Me he dado cuenta de que no hay nada mejor que ser feliz y hacer el bien en la vida.

Frase inspirada en el Libro del Eclesiástico y escrita por Don Bosco en su libro de oración.